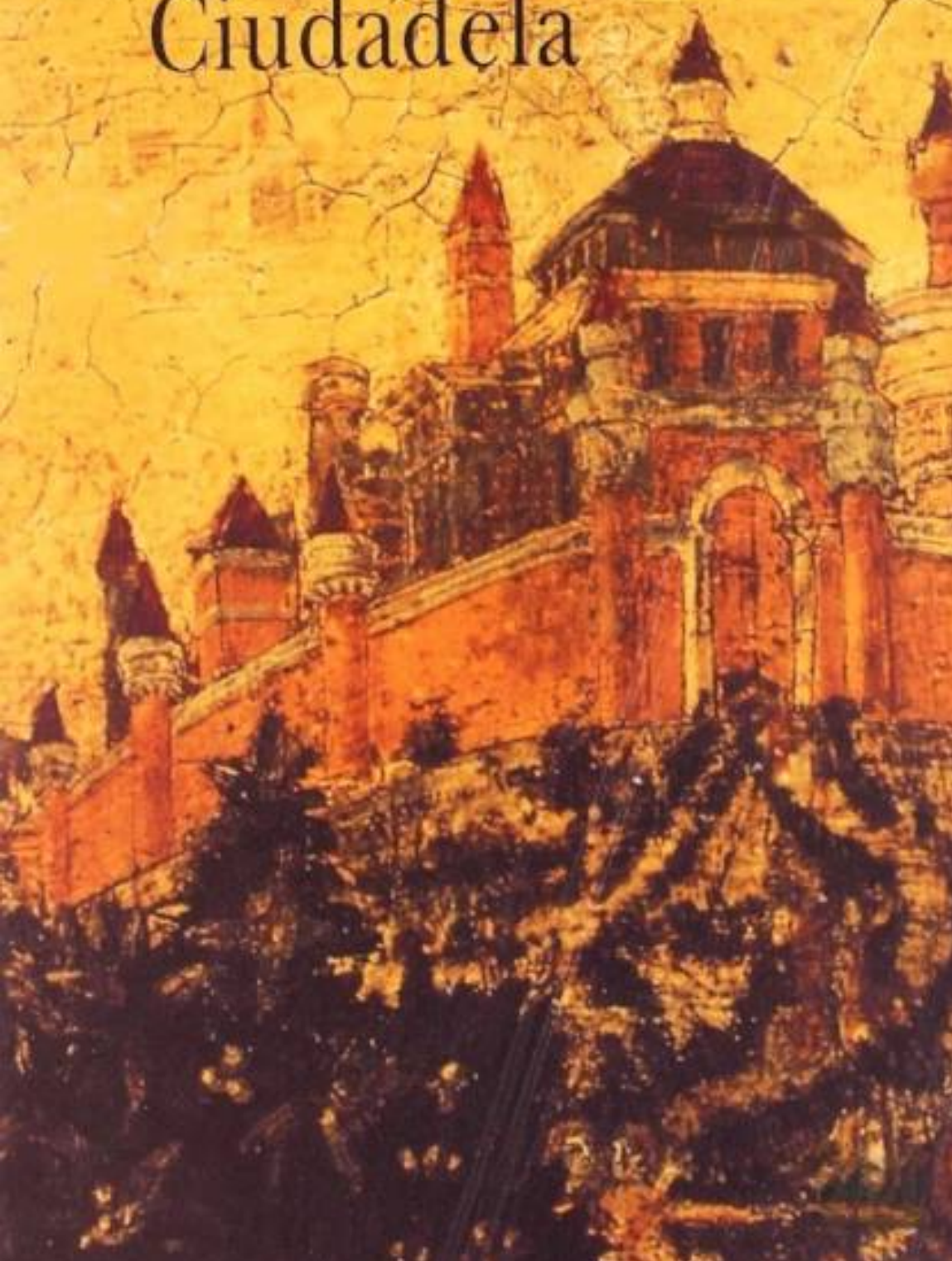


Antoine de Saint-Exupéry

Ciudadela



Publicada por primera vez en 1948, *Ciudadela* reúne las notas que Saint-Exupéry dejó inéditas cuando desapareció en 1944, volando sobre Francia en misión de guerra. Con la voz de un príncipe del desierto, a quien su padre el rey transmite la sabiduría adquirida durante su larga existencia, y bajo la forma de un diario que abarca toda clase de reflexiones, es en esta obra, más que en cualquiera de sus libros de ficción, donde se plasma con mayor profundidad el mundo interior de Saint-Exupéry, su filosofía de la vida. Sus principales temas reaparecen aquí con una nueva dimensión espiritual, desnuda y trascendente. La necesidad de volver a la esencia de las cosas y las ideas, el deseo de encontrar un orden social y espiritual, el abandono de uno mismo, el sentido de la fe y la experiencia humana, son los puntos cruciales de un camino místico trazado, página a página, con hondura y poesía.

Antoine de Saint-Exupéry y Ciudadela

El 31 de julio de 1944, Antoine de Saint-Exupéry desapareció para siempre en el mar. Había despegado del aeropuerto de Borgo, en Córcega, a las 8.30, para llevar a cabo un vuelo de reconocimiento.

Blas Matamoro, en su libro *Saint-Exupéry, el principito en los infiernos*, recoge el relato de las circunstancias de aquella mañana que, en su día, realizó André Maurois: «Sus camaradas de escuadrilla, reunidos en el comedor, miraban sus relojes. No tenía más que una hora de gasolina. A las 11.30 no quedaba ninguna esperanza. Todos permanecieron largo rato silenciosos. Después, el jefe dijo a un aviador: "Proseguirá usted la misión del comandante De Saint-Exupéry". Aquello terminaba como una novela de Saint-Exupéry y se la imaginaba perfectamente; escaso de gasolina y también de esperanza, subiendo, como uno de sus héroes, hacia algún campo celeste, totalmente balizado de estrellas». Y es que sus novelas terminan siempre como terminan las historias de los hombres cuando viven su vida con los ojos abiertos.

Ese final, así expuesto, pone ante el espectador todas las imágenes de Saint-Exupéry: el soldado y el narrador, el trabajador de la materia y el trabajador del espíritu.

La obra de Saint-Exupéry, una extensa reflexión sobre la fe y sobre el sentido de la acción humana, obliga a ver en él a un hombre de palabra. Su vida, que es la de un misionero del progreso, obliga a representárselo como una suerte de soldado. Es posible, y el lector de *Ciudadela* se ve inevitablemente inclinado a suponerlo así, que él deseara,

como Esquilo y como Garcilaso, ser recordado sobre todo en esta condición, la de soldado. A Esquilo le acerca la pretensión de «instruir al pueblo», según el dicho aristofánico, amén de la constante presencia, en todos sus libros, de una tensión -esencialmente poética- entre las pruebas más feroces del destino y una fe, en última instancia fuente de optimismo, que deviene racional a partir de la aceptación de unos postulados, unos modelos de conducta, que no son sino la forma actual, implícita en lo subconsciente, de los mitos antiguos. De Garcilaso le separa, sin embargo, su valoración de lo épico.

La fusión en un solo personaje de escritor, profeso y militar, que en el caso de Saint-Exupéry es absoluta, le aproxima decididamente a Ignacio de Loyola. La comparación puede parecer excesiva, pero sólo lo es una dirección: el conocimiento de nuestro autor no basta a explicar a Loyola, pero una lectura estructural del santo, como la propuesta en su momento por Roland Barthes, echa abundante luz sobre el texto de *Ciudadela*, obra inconclusa, ciertamente, de publicación póstuma, pero a la cual, sin duda, apunta todo el discurso literario de Saint-Exupéry.

LA VIDA, LA OBRA.

Antoine Jean-Baptiste-Marie-Roger de Saint-Exupéry nace en Lyon el 29 de junio de 1900. Su familia pertenece a la nobleza de Limoges: de niño le apodan «el Rey Sol», y siempre será señalado por su actitud aristocrática, no exenta de desdén por los asuntos menudos de los hombres y por los trabajos corrientes: él necesita tareas superiores en que alcanzar la excelencia, pero en la sociedad industrial en que le toca vivir no hay ya honras de damas que defender ni griales santos que hallar. Al héroe de un tiempo tal no cabe proponerle otras metas que el arte o el progreso, y Saint-Exupéry abraza las dos.

Narra su descubrimiento de la aviación, del vuelo, en 1926, en una carta a su amiga Renéé de Saussine, diciendo que se trata de «otra cosa, algo inexplicable, una especie

de guerra...». Es el año de la publicación de su primer relato, *El aviador*, en *Le navire d'argent*, y de su ingreso en la empresa aeronáutica Latecoère, donde conoce a los pioneros Vacher, Jean Mermoz, Guillaumet. Estienne y Lescrivain, que serán sus amigos y los protagonistas de sus historias.

La vida de Saint-Exupéry parece marcada por unos itinerarios que le llevan de un desencanto a otro. Primero hace una ruta cuyos hitos son Toulouse, Dakar, Cartagena, Málaga, Alicante y Casablanca. «España no me ha parecido bonita», escribe. En 1927 es jefe de la base aérea de Cap-Juby, en el Marruecos español: «Me aburro como una virgen», apunta. En 1929, su compañía decide crear una subsidiaria en América del Sur, la Aeroposta Argentina, con asiento en Buenos Aires. De esta ciudad, dice en sus cartas que es «otra especie de desierto [...] una ciudad odiosa, sin encantos, sin recursos, sin nada». Y del país: «En la Argentina no hay campiña. Nada. No se puede salir jamás de la ciudad. Fuera de ella sólo hay campos cuadrados, sin árboles, con una barraca en el centro y un molino de agua de hierro...». Y un año más tarde: «Éste es un país siniestro».

La vida del aviador Saint-Exupéry es otra cosa: él no rechaza lugares ni se queja de situaciones. Ningún sitio debajo del aire es bueno para él, considerado desde su estatura. Pero cuando lo ve desde el aire... «El avión es una máquina, sin duda, ¡pero qué instrumento de análisis!», dice en *Tierra de hombres*. «Ese instrumento nos permitió descubrir la verdadera faz de la tierra. En efecto, las rutas nos han engañado durante siglos [...] andamos a lo largo de sinuosas rutas. Ellas evitan las tierras estériles, las rocas y las arenas; siguen las necesidades del hombre y van de fuente en fuente. Conducen a los campesinos de sus granjas a las tierras de trigo [...] unen este pueblo con aquel otro para facilitar los matrimonios [...]. De este modo, engañados por sus inflexiones como por otras tantas mentiras indulgentes [...] hemos embellecido la imagen de nuestra prisión [...]. Pero nuestra vida se ha aguzado y hemos cumplido un

cruel progreso. Con el avión hemos aprendido la línea recta».

El escritor Saint-Exupéry deriva del aviador, de esa visión celeste del aviador, que se prolonga como percepción del iniciado durante cierto lapso inmediato al aterrizaje «en la dulzura del día». «Para mí -dice en 1939 a Luc Estang-, volar y escribir son la misma cosa [...]. El aviador y el escritor se identifican en una similar toma de conciencia». La exaltación de la mirada que proporciona el aire da otro tono a lo real, y el que así se aviene a pisar la tierra aprehende a un tiempo el rumor de las sociedades de los hombres y su propia distancia: «Me arrimo a una fuente. Las ancianas llegan a sacar agua; de sus dramas sólo conoceré esos sus movimientos de sirvientas. Un niño, con la nuca en la pared, llora en silencio; sólo subsistirá de él, en mi recuerdo, un hermoso niño para siempre inconsolable. Soy un extranjero. Nada sé. No penetro en sus imperios». Es ya reconocible, en este ser remoto, orgulloso, lúcido o iluminado, la voz del jefe de *Ciudadela*.

¿Dónde ha adquirido esa voz el narrador constante de Saint-Exupéry? Porque es la misma siempre: la que en las primeras líneas de la primera novela, *Correo Sur*, dice: «Sobre nuestra frente, aquella luz de lámpara que no entrega objetos pero los compone, alimenta de tierna materia todas las cosas. Bajo nuestros pasos sordos, el lujo de una arena densa. Y caminábamos con la cabeza descubierta, libres del peso del sol», es la que en el comienzo del último libro, *Ciudadela*, dice: «Pues he visto extraviarse la piedad con demasiada frecuencia. Pero nosotros, que gobernamos a los hombres, hemos aprendido a sondear su corazón para otorgar nuestra solicitud sólo al objeto digno de atención». La misma voz durante quince años, dieciocho, los que separan la redacción de *Correo Sur*, publicado en 1928, de la de *Ciudadela*, aún sin terminar en 1944. Se reconoce claramente en la obra de 1931, alabada y prologada por André Gide: *Vuelo nocturno*, compuesta a partir de la experiencia

de los vuelos a la Patagonia, en la aborrecida Argentina en que conoce a Consuelo Suncin, viuda de Gómez Carrillo, con la que se casará. Y en *Piloto de guerra*, aparecida en 1942 en el París ocupado y prohibida por las autoridades alemanas. Y en la *Carta a un rehén*. Y, desde luego, en *El principito*: si éste es responsable para siempre de lo que ha domesticado, si es responsable de su rosa, el jefe de *Ciudadela* rinde cuentas a su pueblo diciendo «Esta mañana podé mis rosales...».

Esa voz no tiene escuela, no es ultraísta, ni surrealista; tampoco futurista. Viene de las lecturas de alrededor de los veinte años: la *Biblia* -muy especialmente los libros poéticos y sapienciales: *Salmos*, *Proverbios*, *Eclesiastés*, *Cantares...*-, el *Zaratustra* nietzscheano, tal vez el *Corán*. Se origina allí y acuerda con un diapasón retórico afín a la épica.

Esa voz que no pertenece a escuela alguna, ni reconoce antecedentes inmediatos, ni resuena plenamente en epígonos importantes, se asemeja, no obstante, llamativamente, a otras que le son contemporáneas: a la de Paul Claudel, sobre todo en *Partición de mediodía* -la más laica y, a la vez, más profundamente mística de sus piezas-; a la de Saint-John Perse -adherida a lo versicular, aunque ajustada con perseverancia a los requisitos del heptasílabo-; a la del Bernanos de *Los grandes cementerios bajo la luna*; a la del Gide de *Los alimentos terrestres*. No debiera sorprender a nadie el que fuese este último quien extendiera el manto protector de su autoridad y su celebridad sobre Saint-Exupéry, separado de Claudel por Dios, de Perse por los hombres y de Bernanos por la militancia ética. El Dios de *Ciudadela* poco tiene que ver con el Dios católico de Claudel: es «el nudo esencial de actos diversos», en el mejor de los casos, y un relojero ausente en el peor. Los hombres de *Ciudadela*, el pueblo del imperio, son los príncipes del exilio que Perse enumera y rechaza, que Perse aparta expresamente de su canto. Una idea ultramontana y regresiva de Europa lleva a Bernanos a alejarse del teatro de la guerra,

marchando a Brasil, en tanto Saint-Exupéry reivindica su derecho a participar en una contienda de la que la edad le ha excluido.

CIUDADELA.

Así como la vida del aviador Saint-Exupéry, vista desde el aire, parece una prolongada preparación para la muerte heroica que finalmente tuvo lugar, la obra del escritor Saint-Exupéry tiende en su conjunto al texto de *Ciudadela*, con todo lo que éste tiene de definitivo. De haber sobrevivido su autor a la guerra, no hubiese sido un libro inconcluso: hubiese soportado correcciones y ajustes, más probablemente recortes que añadidos; pero hubiese sido, de todos modos, el último. No cabe imaginar otros después, tan perfecto resulta en su estructura, síntesis y culminación de un camino místico.

El soldado Saint-Exupéry, aventuré más arriba, tiene un precedente en el soldado San Ignacio. Los dos enfrentaron la existencia como senda de iniciación, los dos atribuyeron el sentido de los actos humanos a un orden dado, los dos organizaron su experiencia, con la pretensión de transmitirla, en una guía para la acción. *Ciudadela* comparte buen número de rasgos con los *Ejercicios espirituales*.

En primer lugar, una característica de la escritura, definida por Barthes para los *Ejercicios* de Loyola como «ni decorativa ni instrumental, es decir, en suma, secundaria pero previa, antecedente al hombre, al que traspasa, fundadora de sus actos como si fueran inscripciones». Es una escritura que no corresponde medir por sus atributos (rica, sobria, pobre, curiosa...), una escritura en la que «sólo cuenta la afirmación de su ser», «su seriedad».

En segundo término, la multiplicidad coincidente de los textos. En los *Ejercicios*, el discurso que liga a Ignacio con el director, lo literal, se torna, en el plano semántico, en discurso vincular entre el director y el ejercitante, y supone la posibilidad relacional, abierta en ambas direcciones, entre el ejercitante y la divinidad. Son niveles corrientes en el tex-

to pedagógico y en el terapéutico, y se corresponden exactamente con los del discurso del jefe -príncipe, maestro, sanador, sacerdote, demiurgo, administrador espiritual- cuyo desarrollo compone, realiza *Ciudadela*.

El tercer elemento es el propósito de someter la meditación mística a un trabajo metódico. Loyola lo propone, lo receta, lo sistematiza para la edificación de otros. Saint-Exupéry lo asume y lo experimenta, para narrar la conclusión.

El cuarto nivel es el de la articulación y el posterior ensamblaje. La articulación, que en Loyola adquiere el nombre de discernimiento, es, en palabras de Barthes, una «simple operación, que el mito atribuye al creador del mundo separando el día, la noche, el hombre, la mujer, los elementos y las especies [...] discernir es distinguir, separar, apartar, limitar, enumerar, evaluar, reconocer la función fundadora de la diferencia». La enumeración es un rasgo destacado en la obra de Saint-Exupéry, así como en los autores que he mencionado en su proximidad -Claudel, Perse, Gide- y en poetas de aspiración épica como Neruda o Whitman. En todos ellos, esa enumeración, esa articulación adquiere condición literaria cuando sus partes se reúnen, se ensamblan. En los *Ejercicios*, el ensamblaje toma la forma de la repetición y la del relato, en tanto que métodos indicados para que el ejercitante acceda a la experiencia. En *Ciudadela*, el ensamblaje es la revelación de Dios, en tanto que «nudo esencial de los actos diversos».

Por último, y sin agotar con ello los paralelismos posibles, misión y jerarquía son también factores comunes a Loyola y Saint-Exupéry. Pero el santo entiende la misión como acción eficaz sobre las conciencias, dirigida a la conversión, mientras el escritor, en oposición, la concibe como esfuerzo de autoconstrucción y reforzamiento de lo que el individuo ya es. En cuanto a la jerarquía, en San Ignacio es noción a imponer o acatar; en Saint-Exupéry, es valor a descubrir y realizar en el hombre, que es una «tensión», un «deseo»: la vida, dice, es «estructura, línea de fuerza e injusticia».

La grandeza de *Ciudadela*, una de las obras mayores de la literatura de este siglo, no se alza ante el lector como un obstáculo. Antes bien, se la lee con placer y facilidad. La prosa de Saint-Exupéry, cuyo anhelo de orden universal no entra en contradicción con las exigencias del temperamento, posee tantas cualidades didácticas como poéticas: resulta un vehículo eficaz de difusión de una idea del mundo, y es eso lo que le ha ganado el favor de millones de lectores.

HORACIO VÁZQUEZ RIAL

*Este texto reproduce fielmente el
manuscrito en el cual trabajaba Antoine
de Saint-Exupéry en el momento de
su desaparición.*

1

Pues he visto extraviarse la piedad con demasiada frecuencia. Pero nosotros, que gobernamos a los hombres, hemos aprendido a sondear su corazón para otorgar nuestra solicitud sólo al objeto digno de atención. Pero niego esta piedad a las heridas ostentosas que atormentan el corazón de las mujeres, así como a los moribundos, y también a los muertos. Y sé por qué.

Hubo un tiempo en mi juventud en que tuve piedad de los mendigos y de sus úlceras. Contratava curanderos para ellos y compraba bálsamos. Las caravanas me traían de una isla ungüentos a base de oro que recosían la piel sobre la carne. Así obré hasta el día en que comprendí que consideraban un lujo raro su pestilencia, al sorprenderlos rascándose y humectándose con fiemo como aquél que estercoliza una tierra para arrancarle la flor purpúrea. Se mostraban uno a otro su podredumbre con orgullo, envaneciéndose de las ofrendas recibidas; pues quien ganaba más, se igualaba ante sí mismo al gran sacerdote que expone el ídolo más bello. Si consentían en consultar a mi médico, era con la esperanza de que su chancro le sorprendiera por su pestilencia y amplitud. Y agitaban sus muñones para tener un lugar en el mundo. Aceptaban los cuidados como un homenaje, ofreciendo sus miembros a las abluciones que los halagaban, pero apenas el mal se había borrado, se descubrían sin ninguna importancia, no nutriendo ya nada de sí, como inútiles, y se ocupaban en adelante en resucitar la úlcera que vivía de ellos. Y, bien arropados nuevamente en su mal, gloriosos y vanos, volvían a tomar, escudilla en mano,

la ruta de caravanas y, en nombre de sus dioses sucios, exigían la limosna de los viajeros.

Hubo un tiempo también en que tuve piedad de los muertos. Creyendo que aquél a quien sacrificaba en su desierto zozobraba en una soledad desesperada sin entrever que no hay soledad para los que mueren. No me había negado todavía su condescendencia. Pero he visto al egoísta o al avaro, aquel mismo que gritaba tan fuerte contra toda expropiación, suplicar, llegada su última hora, que se reunieran a su alrededor los familiares de su casa y repartir luego sus bienes con una equidad desdeñosa, como juguetes fútiles entre los niños. He visto al herido pusilánime, el mismo que hubiera aullado para pedir socorro en el corazón de un peligro sin grandeza, una vez despedazado verdaderamente, rechazar toda asistencia de los demás si esta asistencia hacía correr algún peligro a sus camaradas. Celebramos semejante abnegación. Pero no he visto en ella sino un signo discreto de desprecio. Conozco al que comparte su cantimplora cuando ya se seca al sol, o su corteza de pan en el apogeo de su hambre. Y es en primer lugar porque ya desconoce la necesidad, y, henchido de una real ignorancia, abandona a los otros el hueso por roer.

He visto a las mujeres plañir por los guerreros muertos. ¡Pero fuimos nosotros mismos quienes las hemos engañado! Tú has visto retornar a los sobrevivientes, gloriosos y fastidiosos, contando con gran algazara sus hazañas, aportando, en caución del riesgo aceptado, la muerte de los otros; muerte que relatan terrible, pues podría haberles sobrevenido. Yo mismo, en mi juventud, quise alrededor de mi frente esa aureola de sablazos recibidos por los otros. Volví, blandiendo mis compañeros muertos y su terrible desesperación. Pero aquél al que la muerte ha escogido, ocupado en vomitar su sangre o contener sus entrañas, descubre solo la verdad, a saber: que no hay horror de la muerte. Su propio cuerpo se le aparece como un instrumento en adelante vano, que ha dejado de servir y que él

arroja. Un cuerpo desmantelado que muestra su mucho uso. Y si el cuerpo tiene sed, el moribundo no reconoce sino una ocasión más de sed, de la que será agradable verse libre. Y todos los bienes que servían para engalanar, nutrir, festejar esta carne semiextranjera, que es sólo propiedad doméstica, como el asno atado a su noria, se tornan inútiles.

Entonces comienza la agonía que es balanceo de una conciencia alternativamente vaciada y vuelta a llenar por las marejadas de la memoria. Van y vienen como flujo y reflujo, trayendo, como se las habían llevado, todas las provisiones de imágenes, todos los caracolillos del recuerdo, todas las conchas de todas las voces escuchadas. Suben, bañan de nuevo las algas del corazón; y he aquí de nuevo todas las ternuras reanimadas. Pero el equinoccio prepara su reflujo decisivo, el corazón se vacía, la marea y sus provisiones vuelven a Dios.

Ciertamente, he visto a muchos hombres huir de la muerte, amedrentados por la confrontación anticipada. Pero, desengáñate, ¡jamás he visto espantarse a aquél que muere!

¿Por qué, pues, habría de lamentarlos? ¿Por qué perder mi tiempo en llorar su fin? He conocido demasiado la perfección de los muertos. ¿Qué he costado más liviano que la muerte de aquella cautiva con la que alegraron mis dieciséis años y que, cuando me la trajeron, se ocupaba ya en morir, respirando con sople breve y ocultando su tos en las sábanas, al término de su carrera como la gacela, ya forzada, pero ignorándolo, puesto que le gustaba sonreír? Pero esa sonrisa era viento sobre una ribera, huella de un sueño, estela de un cisne; y día a día se depuraba y era más preciosa, y más difícil de retener, hasta convertirse en aquella simple línea de tal manera pura, una vez el cisne volado.

Muerte también de mi padre. De mi padre consumado y vuelto de piedra. Cuentan que los cabellos del asesino encanecieron cuando su puñal, en lugar de vaciar el cuerpo

perecedero, lo hubo llenado con tal majestad. El matador, oculto en la cámara real, cara a cara, no con su víctima, sino con el granito gigante de un sarcófago, cogido en la emboscada de un silencio del que él mismo era la causa, fue descubierto al amanecer reducido a la prosternación por la sola inmovilidad del muerto.

Así, mi padre que un regicida instaló de un golpe en la eternidad, cuando detuvo su aliento suspendió el aliento de los otros durante tres días. Tanto, que las lenguas no se desataron y los hombres no cesaron de abatirse hasta que no lo pusimos en tierra. Pero nos pareció tan importante, él, que no gobernó, sino que gravitó y fundó su marca, que creíamos, cuando lo descendimos a la fosa con largas cuerdas que crujían, no sepultar un cadáver, sino entrojar una provisión. Pesaba, suspendido, como la primera losa de un templo. Y no lo enterramos, sino que lo sellamos en la tierra, por fin trasmutado en lo que es, en este asiento.

Fue él quien me enseñó la muerte y me obligó cuando era joven a mirarla de frente, pues nunca bajó los ojos. Mi padre era del linaje de las águilas.

Fue en el transcurso del año maldito, aquél que se apodó «el Festín del Sol», pues el sol ese año ensanchó el desierto. Brillaba sobre las arenas entre las osamentas, las zarzas secas, las pieles transparentes de los lagartos muertos y la hierba para los camellos cambiada en crin. Él, por quien nacen los tallos de las flores, había devorado a sus criaturas; y se entronizaba sobre sus cadáveres desparramados, como el niño entre los juguetes que ha destruido.

Absorbió hasta las reservas subterráneas y bebió el agua de los pozos raros. Absorbió hasta el dorado de las arenas que se hicieron tan vacías, tan blancas, que bautizamos esta comarca con el nombre de Espejo. Pues un espejo tampoco contiene nada y las imágenes con las que se